

**OTRO PERIODISTA, VETERANO DE LAS
LUCHAS POR LA EFECTIVIDAD DEL SISTEMA
DEMOCRÁTICO EN NUESTRO PAÍS, HACE UN
BALANCE DE LA OBRA REALIZADA POR
ALMAZÁN Y EL ALMAZANISMO EN LA
CAMPAÑA CÍVICA DE 1939-1940**

ALMAZÁN, ESTADISTA Y PACIFICADOR

Por Francisco de P. Sentíes

La piedra angular del Derecho Público Mexicano, ha dicho con autorizada y pulida pluma el autor de *Recordaciones históricas*, que fuera mi respetable y selecto amigo, el señor licenciado don Joaquín Baranda, que aunó los merecidos títulos de jurisconsulto, de académico y de político, es el fraude electoral, pues desde las primeras elecciones para Presidente de la República, las páginas de nuestra Historia están maculadas no sólo con la conculcación del voto, sino con perturbaciones y derramamientos de sangre que nos han irrogado hasta la pérdida de más de la mitad de nuestro territorio.

Ni los varones más eminentes por sus luces, sus virtudes y sus servicios a la patria, dejaron de incurrir en tan graves errores, cegados por las pasiones partidaristas o por ambiciones que aun siendo algunas de carácter nobilísimo, produjeron efectos negativos, porque eran de índole personalista y transitoria.

Hasta personalidades acreedoras al honroso título de pensadores, descendieron a las equivocaciones más ominosas, como don Lorenzo de Zavala, y ello, al juzgar con ánimo desapasionado, nos induce a estudiar el proceso de tales fenómenos sociales, psicológicos y políticos, para ver de lograr conocer su origen, a fin de aportar así sea el mínimo factor que nos propicie para llegar al fondo del problema, pues sólo conociendo la causa de nuestros males podremos encontrar el remedio.

El General O'Leary que, como otros ingleses distinguidos, tomó participación en la insurrección de las colonias hispanoamericanas, como Edecán del Libertador Bolívar, en sus Memorias, que son un portento de laboriosidad, de observación y de poder retentivo, refiere que encontrándose en París con el propio Libertador, con el Padre Fray Servando de Teresa y Mier, con el señor de la Rosa y con uno de los más avezados políticos franceses, que era o había sido Ministro, se reunieron con el Barón de Humboldt, que acababa de regresar a Europa, de su viaje tan fecundo por la Nueva España.

A tan insigne sabio le pregunto Bolívar si México, que aún luchaba por su independencia, podría ser un país libre, y contestó que por su posición geográfica, por la extensión de su territorio y por la densidad de su población, podía ser un país soberano, pero que dadas las costumbres y tradiciones de que en México había personas muy distinguidas que vivían con el boato de los grandes señores europeos, no tenían el hábito de gobernarse por el sistema político a que estaban sometidos, y que se distinguían por el número de sus recuas, con las que hacían el transporte de las mercancías y minerales.

Tal dicen, en esencia, las Memorias de O'Leary, según el cual, el Barón de Humboldt agregó que en aquellos días había un hombre interesante de muy subidos kilates, don Agustín de Iturbide, pero que él, el Barón de Humboldt, abrigaba el

temor de que tan apreciable sujeto incurriera en el error de aspirar a constituirse Emperador, exponiendo su vida, que podía ser sacrificada, y que después el país fuera de ensayo en ensayo para constituirse políticamente, sin acertar en forma positiva de gobierno que consolidara a la naciente nacionalidad, le diera la paz, y con ella el progreso.

Proféticas fueron las palabras del ilustre sabio tudesco, y México fue a los ensayos pronosticados con tanta certeza, sin dar hasta la fecha con la fórmula salvadora.

Debe haber causas independientes de la voluntad de los hombres, porque después de casi dos siglos, nos mantienen en el mismo estado de incertidumbre y de perturbación.

¿Qué causas pueden ser esas?

Independientemente de ellas, no es posible negar que nuestros hombres públicos no están exentos de responsabilidades y de los deberes que son correlativos de los derechos escritos en nuestras leyes, que con frecuencia son el fruto de situaciones críticas y pasajeras, o de propósitos personalistas o partidaristas.

Tales razones me inducen a expresar conceptos sobre los documentos que forman este interesante volumen, con el cual, por respeto a la voluntad nacional, el señor General don Juan Andreu Almazán, candidato que fuera y electo por inmensa mayoría como Presidente de la República en las pasadas elecciones, da cuenta de su conducta a la Nación, deshaciendo al mismo tiempo los cargos formulados, aunque parezca increíble, por algunos de sus partidarios y principales colaboradores en la campaña electoral.

En unas elecciones victoriosas, las más espontáneas y nutridas de que tengamos noticia, puede darse el caso absurdo pero relativamente explicable de que más aún que la nación misma, se sintieran defraudados, y hasta por el candidato,

quienes aportaron su concurso no en todos los casos desinteresado y cívico.

Analizar todos y cada uno de los detalles de tantas incongruencias, parece bizantinismo estéril.

No enteramente sin razón, exigían que el vencedor en los comicios del 7 de julio, que serán históricos, hiciera veladera la victoria por la fuerza de las armas. Se contara, efectivamente, con la voluntad del pueblo, que fue el principal agraviado; pero sin organización, sin recursos adecuados y proporcionales, la lucha habría sido más que inútil, inconsciente o criminal, porque habría sido necesario luchar contra dos poderes o fuerzas, la interna, organizada como gobierno y con recursos cuantiosos, y la externa, que es armipotente y expansionista

De ello tenemos pruebas muy dolorosas.

El proceso de la función electoral se desarrolló bajo la presión oficial, sin que dejaran de ocurrir episodios deplorables. Las manifestaciones populares, que fueron impresionantes por su entusiasta espontaneidad, fueron inútilmente obstruccionadas, anteponiéndoles verdaderos atentados. Asaltos y asesinatos se cometieron sin que de ellos aparecieran responsables las autoridades superiores. El Excmo. Sr. Embajador Josephus Daniels, de los Estados Unidos, siguiendo calculadamente una conducta que candorosa o fundadamente pudiera calificarse de imparcial, dijo en aquellos días en que también se efectuaron las elecciones en la República vecina, que aquellos actos cívicos se habían efectuado sin que se escuchara el disparo de un fusil.

Dilucide quien quiera o pueda si tales conceptos eran irónicos o bien intencionada advertencia, y hasta quizá un señuelo de doble efecto con los fines que son de suponerse para obtener ventajas de nuestra pugna.

Habíase anunciado que el señor General Manuel Ávila Camacho, que por el Congreso impuesto había sido declarado Presidente de la República iría, previa invitación, a visitar con tal carácter al señor Presidente Roosevelt. El señor Secretario de Estado de Washington, Cordell Hull, declaró a los reporteros que si el señor General Manuel Ávila Camacho deseaba ser recibido, lo sería con la misma cordialidad que cualquier visitante distinguido, y que le darían la bienvenida como al propio señor General Andreu Almazán.

Los que con interés patriótico no perdíamos de vista los menores detalles de la campaña electoral, observando con la mayor atención la actitud reservada, a las veces aparentemente imparcial o de “vigilante espera” del gobierno de Washington, cuenta nos dimos de que el candidato nacional y la noble causa que representaba podían ser utilizados para obtener del gobierno mexicano, y del que podía sucederle mediante la coacción, privilegios o concesiones que los poderosos con facilidad pueden obtener, cuando median circunstancias como las que atravesábamos.

Nadie debía, y menos el General Andreu Almazán, prestarse como instrumento para dar oportunidad a que se hicieran mayores exigencias, de las que presumíamos que se estaban haciendo, como habría acontecido, con mengua de nuestro decoro y de nuestra soberanía.

Era, pues, necesario hacer exploraciones discretas que pudieran dar luces para no incurrir en errores deplorables.

Buena oportunidad se presentó al señor doctor Leonides Andreu Almazán para hacer una investigación fidedigna que diera a conocer la actitud definitiva del gobierno de Washington.

El señor James Gerard, que había sido Embajador de los Estados Unidos, antes de la guerra pasada, y que tiene parentesco con el señor Sumner Welles, Subsecretario de Estado,

fue presentado al doctor Andreu Almazán por un respetable amigo de ambos. En la primera entrevista que tuvieron el señor Gerard expresó al doctor su franca simpatía por la causa democrática de México, y le propuso introducirlo al Departamento de Estado para asegurar un buen entendimiento, pero, prudentemente, el doctor le suplicó que aplazaran la entrevista para poco después.

Cuando volvieron a reunirse, el señor Gerard hizo saber al doctor que el señor su hermano, el General Andreu Almazán, no sería por ningún concepto el Presidente de la República.

Independientemente de tales investigaciones, como lo habría hecho un gobernante previsor o un político sagaz con relieves de estadista, el General Andreu Almazán se remitió al bufete de uno de los más distinguidos e influyentes abogados del Foro norteamericano, con el objeto de que se encargara de defender la causa del pueblo mexicano ante el gobierno de Washington.

Quienes sean medianamente conocedores de negocios de esta naturaleza, bien saben, por haberlo leído en informes y correspondencias diplomáticas, que una de las instrucciones que dan los gobiernos a sus Embajadores, Ministros Plenipotenciarios o Agentes Confidenciales, es la de valerse como asesores o consejeros, o como simples intermediarios, de los abogados, internacionalistas o políticos de grandes influencias en las esferas oficiales y sociales, pagando considerables retribuciones.

El abogado a quien el General Andreu Almazán acudió, Mr. Homer Cummings, condicionalmente aceptó la representación que se le propuso, pues advirtió con franqueza y probidad que se haría cargo de la encomienda siempre que tuviera la certeza de contar con la anuencia de su gobierno, caso en el que por sus primeras gestiones cobraría siete mil dólares.

Pero sucedió que el prominente abogado, después de hacer la pertinente exploración, con toda cortesía se negó a desem-

pañar el cargo propuesto, rehusándose a aceptar los siete mil dólares, porque el asunto electoral de México ESTABA RESUELTO NEGATIVAMENTE.

Después, corroborando plenamente estos datos, sin dejar lugar a la menor duda, y en una forma que casi no tiene precedentes en la historia de nuestras relaciones con los gobiernos de los Estados Unidos, que por lo General son muy reservados y reticentes para otorgar su “reconocimiento”, fue nombrado Embajador Especial —y muy especial— el señor Vicepresidente Henry A. Wallace, para que asistiera a la toma de posesión de la Presidencia de la República por el señor General Manuel Ávila Camacho.

Tal hecho extraordinario, por significar una inmixción presionante, injusta e indebida, en nuestros asuntos domésticos, provocó profundo resentimiento que dio por resultado muy mortificante que a la llegada del distinguido señor Wallace a la Embajada en esta capital, se le hiciera objeto de una manifestación hostil, de auténtica espontaneidad, que en vano trataron de hacer aparecer como provocada por agitadores mandados ex profeso, o lo que es más curioso... por agentes de Hitler y de Mussolini.

Con ese nombramiento, la democracia mexicana recibió un agravio mortal, no de un pueblo demócrata como el norteamericano, sino de sus políticos y gobernantes, que debiendo procurar el buen entendimiento entre dos pueblos tan ligados por la semejanza en sus instituciones, por intereses y por la vecindad, no vacilaron en suscitar profundo resentimiento, que sólo desaparecerá cuando se sigan procedimientos más leales, para normar nuestras relaciones en la honradez, como lo dijera Glandston, el *old grand man*.

Cometida esa inmixción, los gobiernos de los demás países hispanoamericanos, que si no desconocen nuestras prioridades políticas, siguen indiferentes o sumisos los pasos rectos,

tortuosos, o como sean y quieran calificarlos, de la hegemonía continental, reconocieron también al nuevo Presidente, designando asimismo sus Embajadores o Ministros Plenipotenciarios, para otorgar con su presencia el reconocimiento, que lo mismo puede darse a un gobierno de “facto” que de “jure”.

Ante tales hechos de imponderable fuerza política e internacional, no quedaba al candidato electo por el pueblo mexicano más recursos que dimitir con dignidad, presentándose viril y patrióticamente para asumir la responsabilidad de su renuncia, diciendo: *¡Ecce homo!* Aquí está el hombre, que con el pueblo fue defraudado y sacrificado injustamente.

Quedaba otro camino por seguir: el de la rebelión contra injusticia tal que no hay palabras para calificarla como es debido, juzgando con alteza de miras.

Pero la rebelión, en un país que hizo exclamar al gran humanista y helenista, el sabio e Ilustrísimo señor Arzobispo Montes de Oca, estas dolorosas palabras: “Desventurado pueblo mexicano, mandar no sabe, obedecer no quiere”, causa era más que suficiente para hacer vacilar y retroceder al varón más esforzado, aun cuando contara con las fuerzas suficientes para reivindicar sus derechos, que eran los del pueblo.

Los mismos Estados Unidos han pasado por contingencia semejante durante las fraudulentas elecciones en las que se disputaron la Presidencia Hayes y Tilden, el año de mil ochocientos setenta y siete.

Los partidarios de Tilden, que formaban la inmensa mayoría de la nación, le exigían que reclamara sus derechos con la fuerza de las armas. Casi nada faltó a los Estados Unidos para ir a la guerra civil. La prensa, que en aquel país es el exponente de la voluntad popular, y principalmente los periódicos neoyorkinos, con el *Sum* a la cabeza, le exigían al vencedor vencido que se

remitiera a la protesta armada, para hacer valedera, como decimos ahora entre nosotros, la efectividad del sufragio.

Le dieron a Tilden, al rehusarse, el título denigrante de cobarde y de tráfuga; lo atacaron con los mismos o peores dicterios con que han pretendido inútilmente anonadar al General Andreu Almazán, pero pasados los años, aquel eminente ciudadano y patriota, que se había sacrificado con plena conciencia, quedó ampliamente justificado y no faltaron quienes le apellidaran “el Pacificador”, título más honroso que el de Presidente.

Tal es el calificativo que yo me atrevo a dar al General Andreu Almazán. Es un Pacificador, a costa de los agravios hirientes con que le han atacado quienes menos debieron hacerlo.

Los que por haber gastado los ojos en la lámpara de aceite, y también en cruentas experiencias, en las sombras inmisericordes de nuestras reyertas civiles, plagadas de trasgos y de fantasmas, llegamos a entender lo que es una revolución, bien distinta de las “rebolufias”, así llamadas por nuestro Romancero Fidel, con su gracejo popular ya con mayor conciencia de la responsabilidad y de la trascendencia de esas perturbaciones con su cortejo destructivo, que sacrifica intereses de todo género, pasando sobre la moral y conveniencias sociales, no debíamos estar de parte de una insurrección, por justa y popular que fuese, sin tener la seguridad de una victoria imposible por la inmixción de formidable potencia extraña.

Más que oportuno es debido afirmar que el deber de un ciudadano digno del honroso título de gobernante y estadista, es el de evitar a todo trance una revolución, que es la consecuencia del desbarajuste administrativo o de los abusos del poder.

Decir que el General Andreu Almazán, como se dijo con el monótono ritornelo de grillo o de cigarra, en la única nota

que da su violín, es todo menos revolucionario, es hacer su mayor elogio; no quiso ni debió perturbar la paz, y en ello estriba su mayor mérito, que reconocen los hombres sensatos, menos quienes por ofuscación, por ignorancia o por causas inconfesables, son incapaces de discernir con acierto o de declarar con franqueza y honradez toda la verdad, o su juicio personal.

El que nosotros nos hemos formado, explica a nuestro modo de ver, las causas que hicieron del representante del Poder Ejecutivo en aquel entonces, el principal autor y colaborador, y por lo tanto el mayor responsable de la postrera imposición, porque es casi imposible que se repitan otras.

Señoréanse con aterradora frecuencia, casi sin interrupción, del círculo que rodea a los hombres que llegan al Poder, por vanas consecuencias del Estado, por su audacia, o por otros motivos, esas taifas oligárquicas formadas lentamente o que se improvisan y los funcionarios y burócratas más influyentes. Esos dos factores, con ciegas y bajas ambiciones que no tienen límite que miran sus propios intereses con mengua del colectivo aun a gobernantes de robusta envergadura, los convierten en punto de apoyo para utilizar a la Presidencia de la República, para obtener ventajas en lo presente y en lo futuro, a costa de la nación y su porvenir.

Por eso nuestros gobernantes, en los casos rarísimos y muy dudosos de que hayan abrigado el íntimo deseo de obrar con honradez para respetar la voluntad nacional, fueron desviados de tal propósito; no pudieron o no quisieron como es lo más seguro, por falta de sentido de la responsabilidad y de los deberes para con la nación, cambiar radicalmente, como se necesita con urgencia, la vergonzosa y funesta tradición de la historia ignominiosa de nuestras luchas políticas, que no han hecho hasta ahora, más que suscitar rencores, divisiones y pugnas

sangrientas; la desolación y las interminables perturbaciones que tan caro nos cuestan e impiden nuestro progreso cívico.

De ello se deduce que si no son muy culpables esos hombres, aun siendo de los que en momentos de duras pruebas retaron al peligro con temeridad y asta con patriotismo si se quiere, resultaron pésimos políticos y administradores; unos gobernantes ineptos, imprevisores y hasta delincuentes, pero debiendo reconocerse también con justicia, que peores y más responsables son aquellos de quienes se rodearon, para compartir el usufructo y para dominar con el ansia de conservar sus privilegios en lo venidero.

Por eso vemos piadosamente a esos hombres que por carecer de la visión exacta de los altos y poderosos ideales políticos bien hayan sido utilizados como instrumentos inconscientes, por su propia conveniencia, o por satisfacer erróneamente su amor propio, faltaron a los deberes del gobernante honrado, de estadista patriota y previsor.

No personalizamos porque nuestros propósitos son abstractos y elevados.

Por todo ello consideramos al poder público, al Ejecutivo, como el más culpable, por ser ejecutor de ese contubernio egoísta que merecerá el anatema de la prosperidad.

Así, pues, la reacción moral, política y social contra ese sistema corrupto, se impone permanentemente como deber de la justicia, para manumitir a los gobernantes de las fuerzas negativas que lo esclavizan.

No para mientes la necedad del vulgo, en que el hombre superior y el político genuino deben distinguir las conveniencias eventuales y pasajeras de un caudillo, de un Partido o de intereses, por grandes y respetables que sean, de las conveniencias vitales y PERMANENTES de un país.

Eso fue lo que con sagacidad y patriotismo hizo el General Andreu Almazán. Sacrificó la parte eventual y transitoria, por

la vital y permanente de nuestra patria. Con esto sobra, más que para absolverlo de los cargos injustos o sospechosos que le hicieron, para enaltecerlo.

Por añadidura, debe hacerse constar que todas las luchas reclaman esfuerzos y sacrificios para organizar y desarrollar una campaña, pero mucho más aún en un país desorganizado políticamente por tener de Partidos carentes de principios.

Exigir que un candidato, por acaudalado que pudiera suponérsele dentro de nuestro raquíptico medio, sufrague todos los gastos de la contienda electoral, y en caso pertinente, siguiendo nuestras arcaicas y erróneas tradiciones, los de la lucha armada, es irracional e injusto.

Y sin embargo, tal absurdo se pretendía, y en él fincaron los deleznablez cargos.

El hecho es que, si antes de las elecciones se aportaron elementos económicos fue en exiguas cantidades, pero al día siguiente de consumado el acto electoral, esa cooperación indispensable se suprimió en lo absoluto, y casi toda la prensa “seria”, la que más había medrado, a título de imparcialidad y de una abstención política incalificable, con la propaganda independiente y con la impositiva, declaró liquidada la contienda, y torrencialmente dio curso a los más apasionados y virulentos ataques, y trató por todos los medios de la publicidad, de sofocar las aspiraciones populares, y la colosal protesta en contra de la imposición que iba a consumarse.

Mediando tan adversas circunstancias, quisieron entonces, por ilusos los menos y los más por propósitos que no queremos calificar, que el candidato, que se encontraba en los Estados Unidos, expuesto a toda clase de arbitrariedades o humillaciones, y sometido a una vigilancia de la que no es posible dudar, por ser la habitual en estos casos, y de sobra conocida, porque nos consta, viniera en son de guerra, cuando no había organización, ni los cuantiosísimos recursos que

se necesitan para sufragar esos gastos; teniendo, además, la certeza de que la intervención extraña pondría obstáculos infranqueables y, en caso necesario, dejaría caer todo el peso de su poderío irresistible, para sofocar en su cuna el menor intento, y dar su apoyo aplastante a la imposición.

Entonces al candidato, a quien adularan victorioso, le hicieron objeto de la diatriba y la calumnia, sin que faltaran periódicos que, a más de insertar los ataques de los “despechados”, formularon los de su cosecha.

No faltaron, tampoco, organizaciones que siendo combativas, negaron egoísta y torpemente su concurso, aduciendo que sus actividades son de carácter puramente social, como si esas actividades no fueran políticas. Incurrieron en un error que deben corregir para lo futuro.

Por herejes de la política he reputado siempre a los que confían al terror —o por la fuerza— el respeto debido a la dignidad, y mucho más a los que piensan que la obediencia útil está vinculada al miedo servil y al egoísmo, como ha dicho antiguo pensador.

Verdad axiomática es esa, pero mayor herejía habría sido sacrificar por conveniencias eventuales y pasajeras, que no pueden perdurar, los intereses permanentes y vitales del país, como herejía fue, seguramente, el egoísmo de esos grupos que, como desertores, negaron su concurso.

Por esas consideraciones y otras más, creo que gran prueba de valor civil y de patriotismo, dieron las distinguidas personalidades que aceptaron integrar el Jurado de Honor propuesto por el señor Daniel Rodríguez de la Vega, Director de *Omega*, y apoyado por el señor Diego Arenas Guzmán, Director de *El Hombre Libre*, y aceptado también por el señor General Juan Andreu Almazán, que no puso la menor objeción a que fueran incluidos en ese Jurado sus más acerbos y apasionados enemigos.

Si ese Jurado no se llevó a cabo, y que hubiera tenido repercusiones continentales, porque toda inmixción extraña e injusta afecta a todos los países de este continente, fue debido a que los acusadores, que habían prometido hacer acto de presencia desertaron, sabedores, probablemente, de la inconsistencia de sus cargos, y previendo el resultado de ese juicio.

Pero la Historia, imparcial y justiciera, habrá de dictar su veredicto absolutorio y enaltecedor, y ella nos dirá, así como a las generaciones venideras, que las conveniencias vitales y permanentes de México quedaron a salvo, incolumnes el honor y el patriotismo, y, debido a ello, más pujante y animoso el espíritu público, para continuar esgrimiendo las nobles armas del derecho, con la certeza de que ningún esfuerzo por el progreso político se pierde.